

VIAJANDO A «LO OTRO» DESDE CUALQUIER LUGAR

Cristina Fernández Cubas
Ana Casas

ANA CASAS: Podríamos empezar esta conversación hablando de tu visión de lo insólito, que es una categoría más amplia que la de lo fantástico, con la que a menudo se ha calificado tu obra.

CRISTINA FERNÁNDEZ CUBAS: El título de esta conversación, «Viajando a “lo otro” desde cualquier lugar», se refiere un poco a mi visión de cómo yo encuentro lo fantástico, lo inquietante o lo insólito acechando en cualquier esquina. Para mí, no es necesario ir a un castillo ni buscar muchas complicaciones, porque en el ambiente más sencillo puede asomar la inquietud. Siempre he dicho que la realidad no es plana, sino que tiene agujeros negros en los que a mí me gusta meterme. Pensando en lo insólito recuerdo ahora un cuento de Edgar Allan Poe que, aunque no es su mejor relato, viene que ni pintado para lo que estamos hablando aquí. Se llama «El cuento mil y dos de Sherezade», que alude, claro está, a *Las mil y una noches* y a la historia de Sherezade, la joven que se presenta voluntaria para pasar la noche con el sultán, el cual, como ha sufrido un desengaño amoroso y se ha sentido burlado, decide desposarse cada noche con una mujer distinta del reino y matarla al amanecer. Sherezade, la hija del gran visir, logra vencer al sultán por la palabra: le cuenta historias que interrumpe al amanecer, consiguiendo así salvar su vida. La noche mil y uno, que es donde termina *Las mil y una noches*, ha tentado a muchos escritores a lo largo de todos los tiempos. Mark Twain tiene un relato excelente en el que Sherezade cuenta muchas historias, pero con una verborrea tal que el sultán acaba muriendo de agotamiento. Luego se casa con otro sultán, que también muere de agotamiento, y después con otro y con otro... Es decir, la tremenda verborrea de Sherezade va matando a tantos sultanes como doncellas mató el sultán en el pasado. Théophile Gautier también tiene otro relato —se titula «Noche»— dentro de esta misma línea.

Pero volviendo al cuento de Edgar Allan Poe, cuyo planteamiento difiere de estos otros que acabo de mencionar, este resulta especialmente interesante porque le da la vuelta a lo insólito: narra cómo un buen día, ya casada Sherezade, porque el sultán se

había olvidado de matarla y había tenido hijos con ella, le comenta a su marido que hay un viaje de Simbad que todavía no le ha contado. Antes le había hablado de muchos viajes –con el pájaro Roc, los distintos lugares que había visitado Simbad–, pero había olvidado contarle el mejor de todos. El sultán, intrigado, le dice: «cuéntamelo ya». Y entonces Sherezade empieza a narrar un viaje extraordinario en el que Simbad ve maravillas, por ejemplo, edificios que van por el mar sacando humo, gusanos que van a toda velocidad por la tierra, resumiendo, todos los inventos de la era contemporánea (el tren, el trasatlántico, el telégrafo...). Pero al sultán no le gusta nada el cuento. Cada vez se va poniendo más nervioso, hasta responder «estupideces, paparruchas» y, al final, sentenciar: «no me ha gustado nada este viaje de Simbad». Y la degüella. Es decir, todos los inventos y curiosidades científicas que aparecen en el relato de Sherezade –totalmente reales en la época de Poe, pero no en la de las *Mil y una noches*– al sultán le parecen insólitos. Tanto que termina con la vida de Sherezade. A mí me interesa particularmente esa idea de lo insólito que surge de lo cotidiano y de lo que consideramos real.

ANA CASAS: Ello tiene mucho que ver con la perspectiva extrañada que adoptan tus personajes sobre las cosas cotidianas, en apariencia normales, lo que provoca esa mirada de lo insólito. Esta cualidad está muy presente, por otra parte, en la configuración de los espacios. En general, se trata de lugares normales pero en los que sucede algo que los convierte en espacios únicos y extraños: por ejemplo, en «El reloj de Bagdad» la vida pacífica de la casa se ve trastornada con la llegada del reloj; o en «Mi hermana Elba», donde el internado se convierte en el lugar de lo insólito por antonomasia porque las protagonistas son capaces de descubrir escondites mágicos dentro de ese espacio que en principio no tendría por qué resultar inquietante. Otra forma de configurar espacios insólitos sin necesidad de renunciar a lo cotidiano consiste en recurrir a lugares alejados de nosotros, pero reales: Estambul («Con Agatha en Estambul»), el lugar innominado de África en «La fiebre azul», México («Parientes pobres del diablo»), etc. En este sentido, me gustaría preguntarte por la elección de los espacios como generadores de lo insólito.

CRISTINA FERNÁNDEZ CUBAS: Has hablado de «El reloj de Bagdad» y del colegio de «Mi hermana Elba». Casualmente esos dos cuentos nacen de la realidad, de mi realidad. En la casa en la que yo vivía de niña, en Arenys de Mar, teníamos un reloj

en la escalera, que no venía de Bagdad en absoluto, tampoco era tan alto como se dice en el cuento. Era un reloj normal y corriente, pero a mí y a mis hermanas nos parecía que guiaba nuestros pasos. Hablo de ello en *Cosas que ya no existen*, que es un libro autobiográfico donde desvelo lo que hay detrás de algunas de mis historias. Este reloj, como todos los relojes, emitía un tic-tac, pero desacompañado, que nos impresionaba mucho sobre todo las noches de invierno. Nosotras –las viejas y las niñas de la casa– subíamos por las escaleras intentando seguir los pasos que marcaba el reloj porque creíamos que, si no lo hacíamos, nos podía pasar algo muy grave. De alguna manera era el corazón de la casa. Entonces yo pensaba que todas las casas tenían un corazón: el nuestro estaba situado en el descansillo de la escalera y en cierto modo regía nuestra vida. Cuando más tarde me puse a escribir, le añadí un metro más de alzada, lo convertí en un gigante y luego, como la escritura nos permite ser arquitectos, diseñadores o lo que queramos ser, le inventé un mecanismo de planetas y de estrellas, es decir, lo embellecí pero sin quitarle sus facultades malignas, al contrario, las agudicé hasta el punto de que realmente parece que es el reloj quien manda en aquella casa. Como se trata de un objeto malévolos, al final del relato termina en una hoguera de San Juan.

«Mi hermana Elba» también es un cuento muy autobiográfico. Yo nunca he tenido una hermana como Elba, pero sí he pensado muchas veces, en el colegio, en esas tardes aburridas del estudio en las que piensas de todo, en la posibilidad de encontrar espacios en los que se pudiese observar sin ser vista, cumpliendo el viejo sueño de la invisibilidad. Creía, por ejemplo, que encima de la baldosa número diecisiete de la iglesia del colegio había un espacio que si lo pisabas la gente no te veía y tú, en cambio, podías verlo todo. También creía que había caminos chiquitos que permitían ir de un lugar a otro sin que nadie se diera cuenta. Yo los busqué de niña, aunque no llegué a encontrarlos. Pero sí los encontré de mayor, gracias a la escritura: con «Mi hermana Elba» reviví esa ilusión, esos juegos infantiles que las niñas del cuento van abandonando a medida que crecen porque se avergüenzan o pierden facultades.

Como se ve, en mis narraciones lo insólito parte de ensoñaciones mías o de un objeto que ha existido efectivamente, como aquel reloj que nos atemorizaba a mí y a mis hermanas. Aunque tengo que decir que mientras que mis hermanas sufrieron de insomnio durante mucho tiempo a causa del reloj, para mí, en cambio, se trató siempre de un miedo placentero, del que no reniego, al contrario, porque ha nutrido mi escritura.

Por otra parte, escribir permite viajar a lugares en los que no se ha estado nunca. Una vez, cuando me dieron el Premio Ciudad de Barcelona, nos pidieron a todos los que

allí estábamos, así deprisa y corriendo, que escribiéramos una frase en una pizarra. Por lo visto los demás estaban al tanto. Yo no, aunque, por suerte, me salió una frase que me gusta bastante: «De pequeña soñaba con volar. De mayor me hice escritora». Esto viene al hilo de *Patientes pobres del diablo*, que es un libro que se hizo gracias a un cuento que finalmente no incluí. Por esa época estaba escribiendo un cuento que se me estaba eternizando y, además, me estaba aburriendo soberanamente. Para un escritor esto es algo que cuesta reconocer, pero el caso es que de repente lo deseché, lo tiré a la papelera, a la de verdad, no a la virtual de la que se puede sacar lo que se ha tirado. Entonces me entraron muchas ganas de viajar sobre el papel y, por esa razón, me fui a África y me inventé un país que no existe. Si uno se da cuenta, el país africano de «La fiebre azul» tiene toda la fauna y toda la flora posible del continente africano. También me inventé una lengua y dejé volar la imaginación.

A propósito de todo esto, me estoy acordando ahora de los cuentos de hadas que leíamos de niños. Ya desde el inicio estábamos dispuestos a creer todo lo que dijeran. Desde el momento en que escuchábamos «érase una vez» o «hace muchísimos años» entrábamos en un mundo en el que todo era posible. En *Las mil y una noches*, por ejemplo, se dice «en aquellos tiempos en los que los animales hablaban». ¿Cuáles eran estos tiempos? No lo sabemos, ¿verdad? Recuerdo que una vez escribiendo sobre esta cuestión, sobre lo fácil que es introducir al lector en el universo del relato a través de técnicas que en realidad son muy anteriores a Edgar Allan Poe –el maestro de lo insólito–, di con un comienzo que me dejó estupefacta. Creo que se trata del inicio de «El ruiseñor» de Andersen, que dice algo así: «En China, donde viven los chinos, todos, hasta el emperador, son chinos». En el fondo en muchos de mis cuentos sucede algo parecido: la normalidad es el punto de arranque para que surja algo que quiebra lo cotidiano.

ANA CASAS: Además de los espacios, otro elemento fundamental en la modulación de lo insólito reside en los propios personajes. Muchos de ellos son raros o estrambóticos, a veces incluso poseen psicologías perturbadas que no dudan en desafiar la norma social: Tomás/Ollita («La ventana del jardín»), la protagonista de «La flor de España», Marcos/Cosme («Helicón»), Ulla («El provocador de imágenes»), la protagonista de «La mujer de verde», etc. Una subclase de estos personajes curiosos o diferentes la conforman los niños o, mejor, los adolescentes que están a punto de abandonar la infancia. En esos casos, la confrontación del individuo con lo normativo se

resuelve, en general, con el triunfo de la norma social y la reabsorción (social, moral) de esas «rarezas»: por ejemplo, la narradora de «Mi hermana Elba» o la protagonista de «El reloj de Bagdad». Hay en estos cuentos una cierta ironía «pesimista»: parecen decirnos que cuando el individuo se integra en una comunidad social (y eso ocurre cuando se alcanza la vida adulta) pierde su singularidad, lo que lo hacía único; pierde también su capacidad de conectar con otras realidades a través de la imaginación. Por otro lado, también están aquellos personajes que resisten, se rebelan y no sucumben a la norma: Adriana en «Los altillos de Brumal», Cosme en «Helicón», Claudio y la narradora de «Parientes pobres del diablo» deciden asumirse tal como son, con todas las consecuencias: porque asumir la diferencia implica en estos casos asumirse como alguien que va a vivir en los márgenes y que puede ser rechazado por los demás. Sin embargo, en ellos se intuye una felicidad, un impulso liberador, como si encarnaran nuestro deseo de librarnos de las convenciones y de las normas que nos condicionan y limitan como individuos.

Te quería preguntar un poco por tus personajes. ¿Por qué esa dualidad entre lo que aparentan ser y lo que realmente son? ¿Por qué dejas que unos se sometan y permites que otros se rebelen?

CRISTINA FERNÁNDEZ CUBAS: Es cierto que, a menudo, estos personajes son engullidos por la norma, sobre todo los niños, que tienen un código propio y cuestionan el mundo de los adultos. La narradora de «Mi hermana Elba» incluso se avergüenza de su hermana en el día de su entierro. Lo único que cuenta para ella es que Damián, un chico del grupo que tiene trece años, le haya dado un beso. Se siente tan importante que escribe en su diario en letras rojas que ese es el día más feliz de su vida.

Los personajes que, en cambio, se rebelan tienen una lucha muy intensa entre la razón, los preceptos adquiridos, y la intuición. Es lo que le ocurre a Adriana/Anairda, que, para liberarse, recurre al alcohol. La narradora de «La mujer de verde» también vive esa tensión: se obsesiona con una mujer que se encuentra en todas partes y que va vestida de verde, con un escote muy grande en pleno invierno, y la señala con la mano. Esta visión la inquieta porque cada vez que se encuentra con la mujer de verde, esta se ve más degradada. Además, le recuerda mucho a su secretaria hasta que al final comprende que, para ella, se trata de la misma persona. Tanto en la narradora de «La mujer de verde» como en Adriana de «Los altillos de Brumal» se produce una lucha entre la razón y la intuición, entre lo que se ve y la necesidad de desprenderse de todo lo

que se ha aprendido. Para llegar a obtener alguna clase de respuesta estos personajes tienen que liberarse de las ataduras de la educación y de las leyes, desaprender todo lo que les han enseñado.

ANA CASAS: En tu última novela, *La puerta entreabierta*, se ha producido un cambio importante: «En mis anteriores obras –has dicho– existía también una puerta por la que, a ratos se colaba lo misterioso o lo desconocido. Pero esta vez la he abierto de par en par y me he zambullido en otros mundos». No hay rastro de la ambigüedad de otros relatos tuyos, en los que no queda claro del todo si lo fantástico, lo raro, lo insólito, ha sucedido realmente o ha sido fruto de la imaginación o el delirio de los personajes. Aquí, en cambio, no hay ninguna duda de que ha tenido lugar un hecho extraordinario que no puede explicarse por los mecanismos de la razón. Simplemente el lector tiene que aceptarlo. Eso, unido a un tono más desenfadado con respecto a tu obra anterior, explica la elección del pseudónimo Fernanda Kubbs. ¿Por qué ese cambio?

CRISTINA FERNÁNDEZ CUBAS: En todo lo que he escrito hasta ahora con mi verdadero nombre me ha preocupado mucho la verosimilitud porque cuanto más raro y más estrambótico es lo que quieres contar o más insólito es, más verosímil tiene que parecer al lector. Siempre he tenido muy presente esta norma. Sin embargo, en un momento determinado tuve ganas de romperla. Así que en *La puerta entreabierta* al principio todo resulta muy verosímil: una redactora a la que su jefe envía a hacer una entrevista a Krauza Demirovska, una gran pitonisa, se supone que extranjera, de paso por la ciudad. La narradora va a verla furiosa; piensa que su jefe se quiere librar de ella. Y, en efecto, la pitonisa, que habla con un acento muy raro (aunque luego se verá que se llama Pepita y es de aquí), se pone muy nerviosa porque es una vidente que no ve nada a través de la bola. Y de repente pasa algo prodigioso porque la narradora sin saber cómo ni por qué acaba dentro de la bola. Esto el lector o se lo cree o no se lo cree, pero si se lo cree ahí empiezan las aventuras de Isa dentro de la bola, que es una especie de prisión que puede funcionar como metáfora de muchas cosas aunque se trata ante todo de una bola de cristal.

Como los personajes son muy habladores y les gusta contar historias, esta novela me dio la ocasión de introducir historias, unas reales y otras inventadas. Entre las narraciones reales está la de las hermanas Fox, las primeras espiritistas de la historia del espiritismo moderno. Lo suyo era un juego de niñas; sabían cómo hacer crujir los

huesos de los pies como si se tratara de los golpes de los espíritus y lo hacían de una manera que no se notaba. Sin embargo, en alguna ocasión confesaron que a veces, y esto me encanta, no habían provocado ninguna clase de sonido. También me gusta mucho otro episodio de las hermanas Fox, cuando ya de mayores, después de haber ganado mucho dinero y de haber acumulado muchos remordimientos, congregaron a la gente en un teatro de Nueva York para decirles que habían mentido, que todo había sido un fraude. Pero el público se negó a creerlas. Otra de las historias reales habla del *culleum*, el tormento romano que estudié en primero de Derecho. Con él se castigaba a los parricidas y es un ejemplo de lo portentosa que es la imaginación humana: al condenado lo metían en un saco con un perro, una serpiente, un mono y un gallo, y lo lanzaban al Tíber.

La línea paralela inaugurada con *La puerta entreabierta* me ha dado la ocasión de incluir todas estas historias y de inventarme otras. Como pensé que mis lectores habituales se quedarían muy despistados, quise marcarles la diferencia, extranjerizando súbitamente mis apellidos. En vez de Fernández Cubas me convierto aquí en Fernanda Kubbs. Lo he hecho sobre todo para no confundir al lector habitual e invitarle a meterse dentro de la bola conmigo.

ANA CASAS: Podríamos finalizar esta conversación con un cuento tuyo. Es un texto muy breve que sintetiza perfectamente esa mirada insólita que tus cuentos, tus novelas, vierten sobre la realidad cotidiana de todos los días.

CRISTINA FERNÁNDEZ CUBAS: Todo lo que digo en este relato es verdad. No hice más que reproducir lo que me habían contado; solo le puse un título y saqué una conclusión. Lo llamé «El viaje»:

EL VIAJE

Un día la madre de una amiga me contó una curiosa anécdota.

Estábamos en su casa, en el barrio antiguo de Palma de Mallorca, y desde el balcón interior, que daba a un pequeño jardín, se alcanzaba a ver la fachada del vecino convento de clausura. La madre de mi amiga solía visitar a la abadesa; le llevaba helados para la comunidad y conversaban durante horas a través de la celosía. Estábamos ya en una época en que las reglas de clausura eran menos estrictas de lo que fueron antaño, y nada impedía a la abadesa, si así lo hubiera deseado, que interrumpiera en más de una ocasión su encierro y saliera al mundo.

Pero ella se negaba en redondo. Llevaba casi treinta años entre aquellas cuatro paredes y las llamadas del exterior no le interesaban lo más mínimo.

Por eso la señora de la casa creyó que estaba soñando cuando una mañana sonó el timbre y una silueta oscura se dibujó al trasluz en el marco de la puerta. «Si no le importa»,

dijo la abadesa tras los saludos de rigor, «me gustaría ver el convento desde fuera». Y después, en el mismo balcón en el que fue narrada la historia se quedó unos minutos en silencio. «Es muy bonito», concluyó. Y, con la misma alegría con la que había llamado a la puerta, se despidió y regresó al convento.

Creo que no ha vuelto a salir, pero eso ahora no importa. El viaje de la abadesa me sigue pareciendo, como entonces, uno de los viajes más largos de todos los viajes largos de los que tengo noticias.